

026. Ni perezosos ni tacaños

Hay pasajes del Evangelio que nos suelen pasar desapercibidos, porque no son tan llamativos como otros. Aunque contienen enseñanzas muy profundas, muy bellas y muy prácticas del Señor.

Por ejemplo, dos milagros obrados por Jesús en la sinagoga, en presencia de sus enemigos, y en los cuales la iniciativa arranca del mismo Jesús.

Miramos primero la curación de aquel hombre de la mano seca.

Escribas y fariseos están con los ojos fijos en Jesús. No les importa lo que está enseñando. Miran únicamente a ver si se le ocurre curar en sábado. Como lo haga, se va a acordar... Jesús adivina sus pensamientos, les echa en torno una mirada escrutadora, y les pregunta a bocajarro:

- *¿Es lícito curar en sábado, sí o no? En día de sábado, ¿se puede hacer el bien o el mal?*

Todos se callan. Y Jesús dirige su mirada bondadosa a un pobre hombre que estaba sentado en la banca, con el brazo caído, aguantando la inutilidad de su mano seca, y le invita:

- *Levántate, y ponte ahí en el medio.*

Dirige ahora Jesús hacia sus adversarios una mirada indefinible, de ira y de tristeza a un tiempo, y ordena al enfermo:

- *¡Extiende la mano!*

El buen hombre obedece, y queda curado en el instante (Mat. 12; Marc. 3; Luc. 6)

Resultado: furiosos los fariseos y saduceos, se alían con los herodianos, y tramán la desaparición de Jesús. Pero, no van a conseguir nada. Jesús sigue en las mismas, y ahora va a realizar un milagro del todo parecido al anterior.

Entra en una sinagoga otro sábado, y allí se encuentra con una mujer enferma desde hacía dieciocho años. Encorvada que parecía un ovillo, no se puede levantar. Jesús la llama con un grito:

- *¡Ven aquí!*

Le impone las manos, y la bendice diciendo:

- *Mujer, quedas libre de tu enfermedad.*

Ella se endereza, y aparece jovenzana como en sus mejores años. El jefe y guardián de la sinagoga se pone furioso, y se dirige a todos, no a Jesús:

- *¡Hay seis días en la semana en los cuales se puede trabajar! Vengan a curarse en esos días si quieren, ¡pero respeten el sábado!*

Jesús no puede más, y replica enérgico:

- *¡Hipócritas! ¿Quién de vosotros no desata su buey o su asno en día de sábado para llevarlo a beber? ¿Y no se va a poder desatar en sábado a esta hija de Abraham, a la que Satanás tenía amarrada con la enfermedad durante dieciocho años?... (Lucas 13,10-17)*

La gente aplaude. Y los eternos fariseos no tienen más remedio que callar avergonzados, aunque salgan determinados a acabar con Jesús.

Dos milagros que son muy parecidos. Los fariseos se empeñan en poner límites a la bondad de Dios, al que parece le quieren sermonear: *-Tu ley es antes que tu amor y tu bondad. Cumple Tú el primero tu misma ley. Primero es la justicia. Después viene la compasión...*

No se dan cuenta los fariseos de que el bien está amarrado y paralizado, mientras que el mal campea a sus anchas por el mundo. Y, como cantaba el poeta, *hay que hacer el bien de prisa, que el mal no pierde un momento* (Pemán)

Poco se puede esperar para el trabajo de una persona que tiene la columna dorsal encorvada y el brazo inmóvil. En el orden físico, acompañamos con nuestra compasión, como Jesús, a esos hermanos enfermos que llevan consigo semejante cruz.

Pero, ¿y si miramos el orden moral? Aquí nuestra compasión se convierte en preocupación. ¿Pueden la Iglesia y la sociedad esperar algo del que nada hace ni nada quiere hacer? Hoy, junto con la vida espiritual intensa que nos dirige directamente a Dios, se nos pide como una necesidad imperiosa el trabajar por el mundo que nos reclama. Al mundo no lo salvan los lamentos, sino la entrega ardorosa y desinteresada, la de una generosidad que no calcula ni se mide.

Nosotros, mirando a estos dos enfermos, adivinamos esos dos males concretos, ¿de los cuales nos libre el Señor! Naturalmente, que hablamos de males morales, significados en esas dos enfermedades.

No queremos la parálisis espiritual, que nos aletargaría en una pereza grande, y nos impediría trabajar generosamente por el Reino de Dios y por mejorar el mundo que nos rodea...

Y no queremos tampoco la avaricia o la tacañería, que paraliza el brazo y seca la mano, incapaces de alargarse y abrirse al bien de los demás,

Sin amor en el corazón, todo el organismo espiritual permanece paralizado, incapaz de moverse nunca para hacer el bien.

Como siempre, el problema de la parálisis espiritual y el de la avaricia se resuelven con el amor.

El amor, no mira las pequeñeces que carcomían de rabia el corazón de los fariseos.

El amor, no nos tiene paralizados en la vida.

El amor, abre siempre nuestra mano y la extiende al bien de los demás...